

esfuerzos para acudir al auxilio del imposibilitado, llegará también á *inutilizarse* perjudicando á la sociedad. Debemos, pues, en cuanto esté en nuestra mano, ejercitar nuestras facultades sin abusar de ellas, y de este modo llegará un día á producirse la armonía en la sociedad por medio de la actividad humana.

CAPÍTULO III.

DIOS.—LA MORAL.

Después de volver los ojos dentro de nosotros mismos, y de echar una mirada sobre la naturaleza, no puede menos que alzarse dentro de nuestra propia alma el pensamiento que los labios traducen pronunciando con profundo respeto esta palabra: *Dios*. La ley manda que la escuela sea *laica*, sin religión; pero es imposible, para nosotros al menos, separar estas dos ideas: Dios y Moral. Si la moral nos enseña á amar á nuestros padres por gratitud, á venerar al sabio y admirar al genio ¿cómo es posible desentenderse de la gratitud que debemos al que hizo al hombre Rey del Universo?

¿Puede acaso admirarse el orden, el ritmo, la armonía que reina en la naturaleza, sin pensar en el Autor del cuadro universal, que es belleza, es encanto y es poema? Ir del fanatismo al ateísmo, fuera lo mismo que salir

del Infierno, para caer en la sombra del Limbo. Dios es luz, es claridad, es esperanza. Es faro salvador en las borrascas de la vida. El fanatismo de las religiones separa á los hombres; pero la religión, el principio religioso, une los corazones.

Bien puede el hombre arrodillarse ante el dios Apis ó el Ibis ó el Loto ó la Montaña; no importa que adore á Quetzatcoatl, bajo la forma de culebra con plumas ó de estrella; que vuelva la mirada al cielo y encuentre allí el vacío; todos llevamos en la conciencia á Dios. El niño que sonríe entre dormido sueña con Él, le oye, le mira; el huérfano lo invoca, el náufrago lo calma, el criminal implora su perdón; lo admira el sabio, y el hombre dichoso lo bendice. Y el sollozo, la lágrima, el gemido, la sonrisa y el canto, son plegaria

La fraternidad universal es el gran pensamiento de los moralistas. El cariño fraternal es el lazo de amor que une á los hermanos; la fraternidad universal sería el lazo que uniera á los hombres como hermanos. El primero, es la mayor satisfacción del amor paternal; la segunda sería la plegaria más grata para Dios. ¿Queréis agradar al pintor? Admirad sus cuadros. ¿Queréis halagar al músico? Prestad atención á sus armonías. ¿Queréis atraeros la simpatía del poeta? Escuchad sus poemas. ¿Queréis llenar á todos de contento? Ensalzad su obra predilecta. Se

cuenta de un poeta náufrago que alzando sobre el mar la mano en que llevaba su *obra preferida*, logró salvarla junto con él. Pero si el artista es pintor, es músico, es poeta y también *padre*, más que su cuadro, su armonía y su poema, encomiad á su hijo, llenadle de cuidados y de amor, y ya es bastante.

Nuestros deberes, dice un autor, son de tal modo, que en el fondo todos se dirigen á Dios. En efecto, cuando tratamos de *desarrollar nuestras facultades*, no hacemos otra cosa que *apreciar y enaltecer los dones con que Dios nos ha colmado*. Cuando respetamos los derechos de nuestros semejantes, no hacemos más que *acatar la obra predilecta de Dios*: EL HOMBRE. El blanco, el negro, el sabio, el ignorante, hasta el antropófago; el cristiano, el mahometano, el judío y hasta el ateo, todos son hombres. Respetad la obra predilecta de Dios, y así complaceréis al Padre Universal.

LA MUJER CRISTIANA.

¡Señor! ¡Señor! ¡Por qué me desamparas?
 ¡En tí pongo mi espíritu! ¡Dios mío!
 En tu piedad y en tu poder confío,
 ¡Ten lástima de mí!
 Ignorando á quién debo la existencia
 Hallé en la santa caridad asilo,

Me enseñaron tu nombre y aprendilo,
 Hallé á mi padre en tí.
 ¡Ay! Es cierto, Señor, que mi camino
 Hallé siempre cubierto por abrojos;
 Pero al correr el llanto de mis ojos
 Calmóse mi aflicción.
 Yo te alabo, Señor, porque mis penas
 Siempre he sentido mitigarse un tanto,
 Humedeciendo en mi copioso llanto
 Mi férvida oración.
 Decirte que no siento mis dolores,
 Fuera, Señor, decirte una mentira:
 Sufro mucho, es verdad, pero me admira
 Mi fuerza, mi valor!
 Es verdad que me distes hondo duelo;
 Mas me diste por él mi fortaleza,
 Yo admiro tu poder en la grandeza
 Que siento en mi dolor.
 Si es cierto que el trabajo ha constituido
 El único placer de mi existencia,
 Es muy grato deber la subsistencia
 A nuestro propio afán.
 Y si agobiada por mis largos años,
 Viendo la tumba ante mis pies abierta,
 Fué preciso pedir de puerta en puerta
 De la bendita caridad el pan,
 Yo bendigo tu nombre, Padre mío,
 Porque al tender mi suplicante mano,
 Nunca ha faltado un religioso hermano
 Que una limosna por tu amor me dé.
 ¡Hermosa religión! yo te bendigo,
 Pues aun falto mi cuerpo de alimento,

Aquí en el fondo de mi alma siento
 La fortaleza que me da la fe.
 Envuelta por las sombras de la noche
 Me hace el invierno tiritar de frío;
 Pero yo siento en mi interior, Dios mío,
 La llama luminosa de tu amor.... .

.....
 Las fuerzas materiales me abandonan!
 Se contraen mis miembros entumidos
 Y mis labios en tétricos gemidos

Expresan mi dolor.

Mas en vano será que yo me queje:
 En honda soledad mi triste acento
 El eco sólo del nocturno viento

Pudiera repetir!

¡Señor! ¡Señor! ¡Por qué me desamparas!
 ¡En tí pongo mi espíritu, Dios mío!
 En tu piedad y en tu poder confío,
 Ten lástima de mí!

La densa niebla de la muerte cubre
 Mis ojos empañados con su velo:
 Siento que voy á abandonar el suelo,
 Al que ni un lazo me ligó jamás!
 Con los ojos del alma, abarco toda
 La triste duración de mi existencia;
 Tengo limpia y serena la conciencia,

Voy á gozar de venturosa paz.

No hay quien escuche mi postrer acento,
 No hay quien recoja mi postrer suspiro;
 Más allá al fin de mi horizonte miro

Tus brazos extendidos hacia mí!

Sé que mañana al despuntar el día

Encontrarán mi cuerpo inaminado,
 Que en un sepulcro triste é ignorado
 Con fría indiferencia van hundir;
 Sé que nadie á mi tumba solitaria
 Llevará ni una lágrima siquiera;
 Sé que á nadie le importa que me muera,

Ni mi falta siquiera notarán.

¡Y acaso es un placer el que sentimos
 Al saber que en el mundo que dejamos
 Hay seres que nos aman y que amamos,
 Que nuestra ausencia eterna llorarán?
 En esta hora suprema de agonía
 Te bendigo, Señor, con toda el alma,
 Porque con dulce y apacible calma
 Puedo tranquila y sin dolor morir.
 A nadie interesó mi inútil vida,
 A nadie pudo interesar mi suerte,
 Nadie en el mundo llorará mi muerte:
 Nada importa que deje de existir,
 El sér á quien le debo la existencia
 Y á quien sin conocer amo y bendigo;
 Allá en el cielo vivirá conmigo

Al lado del Señor.

Sér desgraciado que viviendo acaso
 Una vida más triste que la mía,
 No puede recoger en mi agonía

Mis lágrimas de amor.

Madre infeliz cuya adorada imagen
 La mano del dolor grabó en mi pecho,
 Y de quien sólo conservé el derecho
 De amar y bendecir.

Tú, que al hombre perdonas y redimes,

¡Oh celestial y bondadoso Padre,
 En tu seno á la hija y á la madre
 Dígnate recibir....
 Siento la tierra huir bajo mis plantas.....
 Me rodean la sombra y el vacío....
 Tengo sed.... mucha sed.... y.... mucho frío..
 Me abandonan las fuerzas.... y.... la voz....

 A mis ojos inmenso se dilata
 Un horizonte luminoso y bello....
 ¡Tal vez alcanzo á ver algún destello
 De la mirada paternal de Dios....!!

El perfeccionamiento humano.—¿Por qué, pensaréis, si somos la obra predilecta de Dios nos ha dejado expuestos á extraviarnos á cada momento en la senda de la vida? Precisamente, Dios ha querido darnos la mayor satisfacción, dejándonos encargada la obra de nuestro propio perfeccionamiento. ¿Quién de vosotras se mostraría orgullosa de poder ejecutar algo que estuviere al alcance de las facultades del mono? ¿Quién estaría segura de obtener un aplauso por tomar la cigüeñuela del cilindro y darle vuelta? Bien puede la caja de música producir preciosas armonías; pero vosotras os desveláis por dominar el teclado del piano, y cuando habéis podido arrancarle un acorde capaz de conmover á vuestro auditorio, os sentís satisfechas: habéis triunfado de las dificultades que el estu-

dio del piano os ofrece. Pues bien, pensad en el gran triunfo que obtenemos cuando hemos sabido vencernos á nosotros mismos, y esto nos hará comprender cuánto ha querido Dios elevarnos á nuestros propios ojos, dejándonos el cuidado de nuestro perfeccionamiento.

Muchas gentes fatalistas persisten en negar el progreso humano. Un conocido autor francés decía: ¿Ha podido el hombre por ventura aumentarse un dedo de la mano, un ojo de la cara? ¿No sigue, como en los tiempos primitivos, envileciéndose á sí mismo, y atropellando cada día el derecho de sus semejantes? Y otro escritor francés lo combate diciéndole: Queréis un ojo más.... ¿y no veis el microscopio y el telescopio que lleva al hombre más allá del sol que nos ilumina? Pedís un dedo más en la mano del hombre, y no veis que apenas ha dado el primer paso, cuando ya con el *hacha cortante* y poderosa, derriba los árboles gigantes.... un dedo más, cuando sus remos cortan las ondas y lo conducen en débil esquife sobre el ancho mar.... un órgano nuevo cuando utiliza la fuerza del viento, la del agua; cuando opone á la fuerza del viento la fuerza del vapor.... Decís que no progresa, y el que ayer se doblegaba al peso de la carga, domina al valiente potro, al feroz buey y al corpulento elefante y los pone á su servicio, y no contento con *arrebatar el rayo al cielo*, lo encadena

y lo obliga á obedecerle llevando de uno al otro confín del océano, su pensamiento y su voz. . . . ¡Decís que no adelanta la moral humana. . . . allí está, decís, la *plaza de toros* reemplazando al Circo Romano; allí está la *pena del talión* aplicada por la misma ley! Y yo os digo: ¿en qué país del mundo se observan leyes semejantes á las de Dracón y á las de Licurgo? en vez del horroroso crimen cometido contra los inocentes niños, mirad la mano de la caridad levantando escuelas de ciegos y de sordo-mudos; en vez de la cruel *artesa* de la muerte de *garrote*, de los *empalados* y los *emparedados*; en lugar de los tormentos espantosos de la Inquisición, ved alzarse las penitenciarías de donde sale el criminal redimido. Ved en la sala de vivisección reemplazarse con animales á los criminales desventurados. Ved cómo se *fusila sigilosamente*, porque se teme la desaprobación general. Ved hiriendo con un golpe eléctrico la cabeza del sentenciado. Oíd la voz de la humanidad cómo clama: "no más pena de muerte, no más guerra, no más desafíos." Es cierto, de cuando en cuando surge en medio de una ciudad culta una plaza de toros; pero es que no podemos, como algunos zoófitos, voltearnos en un momento; necesitamos ir adoptando al medio todos los órganos; el populacho es, en todas partes, un niño consentido á quien necesitamos dejarle siquiera un juguete, mien-

tras ponemos en sus manos el libro ó la pizarra; todavía nuestro pueblo puede contestarnos como el compatriota de Víctor Hugo: *¿no veis que no sé leer?* Hay que tener paciencia. Instruyamos al pueblo y esperemos.

011328